

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 28 de Enero de 2008

LA BARCA DE CARONTE.

SEXTO CAPÍTULO. EL ATAQUE SORDO.

La noche ha caído ya sobre la ciudad. Eduardo acaba de llegar a su piso, después de una dura jornada laboral. Se encuentra bastante cansado y decide que después de ducharse y cenar, va a darle un rotundo repaso a las sábanas. Y así lo ha hecho.

Eduardo descansa apaciblemente en su solitario dormitorio. Tiene un sueño muy profundo. Se puede decir, que el cansancio le ha ayudado a dormirse sin darse cuenta. Pero no va a ser una noche normal. No va a permanecer con el reposo y el sosiego que normalmente suelen caracterizar a esas tranquilas noches de invierno. La calefacción está casi a tope. Fuera, las temperaturas están por los suelos. Todo parece transcurrir con normalidad.

A las cuatro de la madrugada, Eduardo, sin despertar por completo de su sueño, siente una sensación de sequedad en la garganta insoportable. A pesar de tener un sueño profundo, la sed ha logrado superarlo y despierta en un estado en donde las últimas imágenes del sueño todavía juegan en su mente. Eduardo enciende la lámpara de su mesita de noche y se incorpora. Se ha sentado sobre la cama. Su mente le ordena que ingiera líquido con urgencia. Sale de la habitación y se dirige a la cocina.

Cuando Eduardo entra en la cocina se encuentra (sin ser todavía consciente de lo que ve a causa de la somnolencia aguda que arrastra), con los cajones y puertas de los muebles abiertas. Comprueba a duras penas que están vacíos. No hay nada en la cocina, solo muebles. En ese instante se abalanza sobre el fregadero abriendo uno de los grifos. Quiere que el agua fría le ayude no sólo a calmar su sed, sino a espabilarse. Por el grifo no corre agua. La fuerza de los acontecimientos le hace espantar la somnolencia casi de golpe. Tras abrir la nevera y comprobar que también está vacía, comienza un minucioso registro de su piso. Intenta comunicarse con la policía. Pero debe ser que han contratado algún extranjero para atender las llamadas en la comisaría, porque desde luego, quien se encuentre al otro lado de la línea no habla el mismo idioma que Eduardo.

Eduardo ha comprobado que está viviendo en un piso “muerto”, pues no queda nada suyo. Ni comida, ni ropa, ni relojes, televisión. Sólo muebles y algún electrodoméstico como la cocina eléctrica, la lavadora y la nevera. Tiene teléfono, pero no funciona. No encuentra el móvil por ningún sitio. Ahora, la angustia ha relevado a la sed y domina por completo a Eduardo. En la calle todo parece normal: son las cinco y cuarto de la madrugada. No sabe qué hacer.

Finalmente ha decidido pasar frío, pues sale a la calle en pijama en dirección a la comisaría. Quiere denunciar lo ocurrido, pero al llegar a la comisaría, ésta no parece estar abierta. Después de soltar algún que otro taco y tachar de irresponsable a la autoridad pública decide volver a su casa. Ahora, ya tampoco hay luz eléctrica, con lo que la ciudad ha quedado en completa oscuridad. Pero lo que más estremece a Eduardo es la sensación de soledad que tiene. No parece existir nada ni nadie. Parece que la ciudad está muerta.

Cuando consigue volver a su piso, se tranquiliza, aun no sabiendo cómo. Reúne todas las fuerzas que le quedan para intentar conciliar el sueño, porque aunque físicamente está cansado, su mente ahora no le deja dormirse, al menos por completo. A pesar de que el sosiego que había (no existían los típicos ruidos de ciudad propios de las seis de la madrugada) no pudo conciliar el sueño. Estuvo completamente en un estado de duermevela hasta las ocho y media de la mañana. Aunque la temperatura se había recuperado, no sobrepasaba los 10 grados centígrados. Pero lo más importante: ni un solo ruido, ni bocinazos, ni el murmullo de la multitud en la calle, ni sirenas de ambulancias o coches de policía... nada.

Salió de nuevo a la calle. Desierto. Sólo edificios. Pero vacíos. No había nada abierto. El metro, el ayuntamiento, la comisaría, el supermercado, los edificios estaban, pero la vida no. También le puso los pelos de punta un hecho curioso: la tienda de animales que había en el centro no tenía los animales que siempre habían permanecido en el escaparate. Las jaulas sí estaban en su sitio, pero no enjaulaban ningún tipo de animal. Ahora Eduardo comenzó a preguntarse qué era lo que podía estar pasando. Sin comunicaciones, sin electricidad, sin agua, sin gente, en definitiva, sin vida.

Sin embargo, el tremendo silencio fue roto a eso de las once de la mañana, justo cuando Eduardo se encontraba sentado en un banco de la plaza, sin saber muy bien que hacer. Era una enorme explosión que provenía del costado sur de la ciudad. Hacia allí se dirigió Eduardo.

Al volver una de las esquinas de los barrios más al sur de la ciudad se topó con un absurdo total: una enorme mole de pertenencias (carteras, ropa, calzada, algunos electrodomésticos, comida, pieles, etc) estaba ardiendo sin control en mitad de la calle. A lo lejos, al fondo, algo que a juicio de Eduardo era un enorme tanque disparaba enormes bolas de fuego contra la mole que se estaba consumiendo en la calle. Pero este aparato estaba a unos setecientos metros de él y no podía verlo con total claridad.

Cruzó la calle y como pudo salió a las afueras de la ciudad por la parte sur. En una pequeña loma que había se pudo “camuflar” y comprobar un espectáculo inaudito: unos hombres de más de casi tres metros de estatura, ataviados con un enorme correa que rodeaba todo su cuerpo amontonaban piras de cadáveres que después incendiaban. Miles de cadáveres ardían formando una enorme columna de humo que podría ser visible a varios kilómetros de distancia. No pudo apreciar bien los rasgos faciales de estos hombres, pero comprobó que los brazos caían hacia el suelo de forma que podían tocarse los pies sin dejar su posición erguida. La cabeza era de un tamaño casi imperceptible desde la situación en donde se encontraba.

Entonces se dio cuenta: posiblemente estos seres le habían visitado de noche, habían desvalijado su piso y se marcharon. Su cuarto además se encuentra situado al fondo de un estrecho pasillo muy poco iluminado. Posiblemente, inmersos en la oscuridad, el oscuro pasillo no fue inspeccionado y por eso Eduardo pudo librarse. Ésta fue, al menos, la conclusión a la que llegó Eduardo. Pero ¿qué era lo que buscaban estos seres? ¿Para qué les servía quemar los enseres y los habitantes de la ciudad sin quemar los muebles?

El terror pudo finalmente con Eduardo y echó a correr a través del campo. Huía. La vida le iba en ello. Pasados unos minutos, algo surcó los cielos. Era un avión con un símbolo característico: una estrella blanca sobre un círculo azul. Era un superbombardero americano. ¿Qué hacen aquí los americanos? Eduardo intentó hacer que lo vieran, pero no tenía medios. El campo en esta época no es muy propicio para hacer incendios.

Cuando más rápido corría, notó que la tierra se movía bajo sus pies. Un ruido de fuerte honda expansiva le rompió los tímpanos. Cuando echó su mirada hacia atrás, todavía estaba relativamente cerca de la ciudad, a unos pocos kilómetros. Una llama abrasiva le quemó el rostro por completo. Vio como las uñas se le desintegraban en décimas de segundo. Pensó que lo que se caía a trozos sobre el suelo eran restos del pijama. Pero no, era su propia piel que se descascarillaba. Se le nubló la vista y su ojo derecho se le deslizó sobre su cara. Después notó que no tenía dientes. Su pelo cuando se lo tocó se desmoronó como quien aprieta un terrón de azúcar. Notó cómo su respiración se hacía cada vez más acusada hasta el punto de que sus pulmones ya no recibían oxígeno suficiente. No veía. Cayó desmayado. Ya nunca se volvería a recuperar. Fue una víctima más. Uno de los llamados “daños colaterales.”

Eduardo era el único superviviente del exterminio, que un pueblo invasor que buscaba acomodo en nuestro planeta, aplicó sobre su ciudad. Y lo que vio fue la primera batalla de la dura guerra que lucharon los humanos contra este nuevo problema. Una bomba nuclear fue lo que terminó con su existencia. A la par se puso en peligro la de la propia humanidad.